

Calderón y su *Parnaso*

Felipe Galván

1. Parnaso. (...del latín Parnasus.) ... Conjunto de todos los poetas, o de los de un pueblo o tiempo determinado.
2. Colección de poesías de varios autores.

*Dic. RAE 1992
(1086)*

Hablar de cualquier autor desde el *Parnaso* es riesgoso por la multiplicidad que el uso y abuso del vocablo ha generado. Las reverencias al monte griego, en la acepción primigenia, pasarían a diferentes culturas, entre ellas a la ibérica y, por consecuencia, a las originadas por la invasión de América a iniciativa y obra del gran imperio de finales del xv, que se conservará hasta el xix. No es rara entonces la pretensión decimonónica de construir, de generar, una otredad parnásica desde la naciente independencia; pero esto no se consolida grupalmente, como si lo hacen los *arcadianos*, quizá por el agrupamiento alrededor del primer *Diario de México*, en los nacientes años de la recién liberada nación.

Si partimos de ahora, con los criterios de jóvenes críticos del iniciante siglo xxi, podemos leer: «...el canon, es decir nuestro parnaso literario... rotonda de los poetas ilustres... cuadro de honor de la poesía nacional...» (Calderón, Alí y otros), nos queda claro que el término es intemporal y cuestionable, pese a su uso desde 1844 o después, en 1855 alrededor de José

Zorrilla (Dowling, John), o en la edición de 1874 de *El Parnaso mexicano* y su deterioro franco en el artefacto pictórico de José Clemente Orozco: *Parnaso mexicano (con catrinas de pulquería)* (Oles, James). Si, por el contrario, partimos como la lógica marca, podremos afirmar que *El Parnaso mexicano* nace con Fernando Calderón.

En 1844 Ignacio Cumplido decide iniciar una colección llamada *El Parnaso mexicano*, precisamente con el autor tapatío-zacatecano. Al anunciar sus intenciones escribe que «reproducir las obras de los ingenios mexicanos es una de las más útiles y patrióticas empresas a que puede consagrarse nuestra tipografía» (Cumplido), a los veintitrés años de fundación de la independiente nación, bien valía la pena tal empresa; y el editor lo afirma: «Ya es tiempo de que en México se imite... vulgarizando los esfuerzos que... se han hecho en él por el cultivo de las letras». Y no le faltaba razón ni certeza en su primera elección, que por desgracia también fue la última, y afirma contundentemente repitiendo a Heredia: «El señor Calderón existe, y Anáhuac tiene un poeta» (Heredia. Cumplido). Habría que agregar a la cita de Cumplido lo afirmado por Heredia de que no sólo Calderón existe, sino que es él quien abre el manoseado *Parnaso mexicano*.

Fernando Mariano de la Purísima Concepción Calderón Beltrán, nacido el 26 de julio de 1809 en Guadalajara, cuando ésta aún formaba parte de la Nueva Galicia, fue hijo de conde y liberal de amplio criterio que rechazó ostentar el título que por herencia le correspondía (Monterde). Mas aunque no quiso ser conde, sí asumió las propiedades del padre en Zacatecas, éstas serían visitadas por el niño y el joven Fernando y, después de su graduación como abogado, le darán su *patria mía*, como le llamó en alguno de sus versos. Tapatío por nacimiento y zacatecano por decisión, Calderón defendería con las armas en la mano a su Zacatecas y al liberalismo, en Guadalupe, durante el ataque de Santa Anna en 1835. Esa defensa y esa posición le acarrearían el destierro a nuestro personaje dos años después, en 1837.

Ya para el año de su condena a abandonar Zacatecas, Fernando Calderón había hecho obra escénica y editado poesía, tanto en Guadalajara como en Zacatecas; pero será la estancia en México la que consolidará su carrera literaria. Ahí se acercó a la nómina de la Academia de Letrán, con una importante presencia, y se identificó con dos personajes claves: Ignacio Rodríguez Galván y José María Heredia. Este último ya había criticado su edición tapatía en 1828, *Obras de Fernando Calderón. Tomo I*, con elogios y consejos para mejorar, en sus posteriores creaciones, al joven autor. El reencuentro con el cubano Heredia y el otro gran mexicano, Rodríguez Galván, daría la pauta del movimiento artístico de mayor trascendencia en el México naciente de la primera mitad del XIX.

Según Zorrilla en su clásico y casi inencontrable *La Flor de los recuerdos*, la escuela característica de fines del XVIII, «de imitación de la imitación francesa que Molière y Racine hicieron de los modelos griegos, dando a sus obras las severas y correctas formas áticas», se consolidó en España al llegar los Borbones con Felipe V y más tarde, por consecuencia, en Nueva España. En ello se encontraban atadas las letras novohispanas hasta 1821, cuando empezó a calmarse la agitación revolucionaria de la independencia, vendrían Couto, Ortega y Quintana Roo; la Academia de Bellas Artes de Puebla, con Ortega y Carpio; las lecciones literarias de Heredia; el *Pensador mexicano*, de Fernández de Lizardi; fue entonces cuando llegó Gómez Farías a la presidencia, abriendo entre otras cosas, el Colegio de Jesús y nombrando director al

Dr. Mora, quien impulsó la enseñanza de la literatura, significando con ello un abrebaje de años para toda una generación. Éste fue quizá el gran fundamento para que en 1937 naciera la Academia de San Juan de Letrán, verdadero parteaguas en la literatura mexicana. En esa academia, fundada por José y Juan Lacunza, Manuel Toussiant y Guillermo Prieto, nace Ignacio Rodríguez Galván, esa academia le abre las puertas a la mayoría de edad, al joven desterrado de las tierras zacatecanas.

Fernando Calderón es obligado a abandonar su tierra de decisión en el mismo año en que tuvo lugar el nacimiento de la Academia de San Juan de Letrán en la Ciudad de México, destino del desterrado. Feliz coincidencia para el autor, para las letras nacionales y para el teatro nacional. Guillermo Prieto, el famoso *Fidel*, escribiría recordando la llegada de Calderón a la Academia de San Juan de Letrán:

Ven acá, Fernando muy amado de mi corazón, que ahora sigues tú. [...] Ahí le tienen Uds., grueso, ancho, chaparro, desgarbado, casi vulgar, con aspecto de vendedor de sarapes o de cueros de chivo. [...] Entrecano, con una patilla de columpio que alargaba y encallejonaba su rostro picado de viruelas, nariz roma y labios gruesos que dejaban al descubierto unos dientes grandes renuentes a una arreglada conformación, Fernando habría pasado por feo en grado heroico, sin la mirada de sus ojos garzos que iluminaba y embellecía su fisonomía, haciéndola dulce y simpática por extremo... he ahí pintiparado a Fernando, a la luz de sus veintisiete primaveras...

México vivía las convulsiones propias de la independencia, la naciente formación de un país inédito, las luchas faccionales, el asedio de imperios decimonónicos y la consolidación independiente y necesidad de expansión de los Estados Unidos de América. Por supuesto que la identidad era la prioridad en lo político y, por fenómeno natural, en lo artístico.

El arrastre del neoclasicismo como normatividad estilística heredada del XVIII novohispano, era una pesada carga difícil de alivianar. Ésa fue la dominante hasta el esplendor en los treinta, con la plena producción de Heredia, Rodríguez Galván y Fernando Calderón.

La particularidad de contundencia artística en los asuntos de la identidad, la dan estos autores con la propositividad romántica en sus creaciones, plenamente identificadas o atribuidas. *La profecía de Guatimoc*, de Ignacio Rodríguez Galván y *Jicotencal*, atribuido a José María Heredia, son la poesía y narrativa toque de origen en lo que a nacionalismo se refiere, ese típico retorno al pasado característica del romanticismo, nos muestra a dos héroes retando a lo imposible, envueltos por la tormenta de la conquista; tanto en la heroicidad incólume del Guatimoc de Rodríguez Galván, como en la visión de profundidad cultural aún contra el deseo paterno de venganza contra el Imperio Azteca por cualquier medio, sin importar la naturaleza de éste, en el caso de *Jicotencal*.

Si bien Heredia es fundamental en el romanticismo narrativo mexicano, serán Rodríguez Galván y Calderón los básicos románticos mexicanos de la dramaturgia. Dos cimentadores de diferencias sensibles y evidentes. Su contemporáneo, Guillermo Prieto, ya advertía matices característicos.

Calderón era expansivo, alegre, manirroto, sin hiel... Rodríguez era hijo del dolor y del estudio... Por eso Calderón es más ruidoso; Rodríguez más profundo: el otro más apasionado y tierno: en el uno se perciben acentos heroicos; en el otro, a veces, rugidos salvajes... El uno era capaz de marchar con la frente radiante al sacrificio... el otro era capaz de sufrirlo con la impasibilidad de Cuauhtémoc (Prieto).

Si Rodríguez era, como dice *La Flor de los recuerdos*: «El adalid más audaz y más ardiente mantenedor de los principios de la escuela llamada romántica, con todos sus defectos y bellezas» (Zorrilla); Calderón era el que se dejaba arrastrar a la propositividad acabada. Así, sus textos evidencian las interculturalidades claras de experiencias previas que lo motivaban a responder, desde su visión, a propuestas originales: *A ninguna de las tres* en el *Marcela o cuál de las tres* de Bretón: sus dramas caballerescos en el de los de *García Gutiérrez* (Zorrilla), pero ello en una capacidad creativa de acabado fino, agradable, naturalmente cuidado: «...sus piezas de teatro se leen y se oyen con gusto y en todas sus escenas se revela el talento y la aptitud del poeta para salir airoso en el desempeño de sus tareas dramáticas» (Zorrilla).

Calderón es el arte más acabado del romanticismo temprano mexicano. Evidencia una línea constructiva de discurso escénico en la que abre su sensibilidad al universalismo romántico. No olvidemos que el joven México de la primera mitad del XIX arrastraba un largo periodo de aislamiento y, por tanto, se llegó tarde al concierto mundial. El romanticismo mexicano es un romanticismo tardío; Fernando Calderón asume esto y transita en la pasión de la novedad, con el paso seguro de la referencialidad. Sin embargo, en ningún momento hay una fidelidad esquemática, sino una real interpretación calderoniana. En la edición del siglo XX en su cuarta década, Francisco Monterde desarrolla una interesante comparación diferencial con el original hispánico que evidencia la construcción novedosa del autor mexicano en *A ninguna de las tres*.

Existen dos aspectos más sobre los que bien vale la pena reflexionar; las condiciones políticas en que se desarrolló su trabajo, y su muerte prematura.

Fernando Calderón, en sus jóvenes veinticinco años, estuvo a punto de morir por fractura craneal, en la defensa liberal de Guadalupe, Zacatecas; un soldado santanista fue su verdugo. La larga convalecencia acumuló casi dos calendarios completos, y por si esto no fuera poco, el gobierno local conservador impuesto por Santa Anna, lo desterró de la vecindad zacatecana. Es cierto que su brillante exilio en la Ciudad de México duró pocos meses, pero es probable que su temática elegida fuera cuidada para evitar problemas. No estoy hablando de autocensura sino de una intuitiva actitud de protección; aquella que los alemanes de la primera mitad del XX enunciarán finalmente como *Las dificultades para escribir sobre la verdad*.

Su precipitada muerte, a los treinta y cinco, clausuró la posibilidad de un crecimiento mayor en su brillante carrera de constructor de artefactos para lo escénico. Algo que en *La vuelta del cruzado* pudiera, entre varios acercamientos y múltiples lecturas, verse en la relación de aquel romántico con el universo histórico en el que le tocó moverse. Un cruzado cíclicamente vuelto y revuelto de su *Manga de clavo* con destino a su Jerusalén en forma de silla presidencial *que la nación le reclamaba*. Una nación que una década después de la muerte de Fernando Calderón, perdería, con la figura del cruzado de *Manga de clavo* como principal protagonista, más de la mitad de su territorio.

La figura de Fernando Calderón que, como sugieren las anunciadas y no continuadas ediciones de *Cumplido*, iniciaba el Parnaso mexicano, tal vez suene ahora forzada para el XIX, un siglo encabalgado por neoclasicismo, romanticismo, realismo y arribo al naturalismo; pero si de construir parnasos se trata, cabría uno indiscutible e irrefutable: Fernando Calderón, junto a José María Heredia e Ignacio Rodríguez Galván, son el cimiento y las columnas fundacionales del *Parnaso Romántico Mexicano*.